

Los artrópodos en la Mitología Judeocristiana (Antiguo Testamento)

Antonio TORRALBA BURRIAL

(¹) Avda. Menéndez Pidal, nº 9 - 2º F; 22003 HUESCA.

Resumen: El hombre ha estado conviviendo con los artrópodos desde siempre. A lo largo de esta convivencia se ha asombrado y maravillado de ellos y, también, los ha reverenciado, estudiado y temido. Todo esto ha quedado reflejado de alguna manera en las diversas mitologías que el hombre ha ido tejiendo en torno a sí. En este sentido, la mitología judeocristiana no ha sido una excepción, y en el presente artículo se pretenden exponer las referencias a los artrópodos que aparecen en el libro (conjunto de libros) que conforman la base de las estructuras religiosas judía y cristiana: el Antiguo Testamento.

Palabras clave: Entomología cultural. Mitología. Antiguo Testamento.

*"Delante de él devora el fuego,
detrás de él la llama abrasa.
Como un jardín de Edén era delante de él la tierra,
detrás de él, un desierto desolado.
¡No hay escape ante él!
Aspecto de corceles es su aspecto,
como jinetes, así corren.
Como estrépito de carros,
por las cimas de los montes saltan,
como el crepitar de la llama de fuego
que devora hojarasca;
¡Como un pueblo poderoso en orden de batalla!
Ante él se estremecen los pueblos,
todos los rostros mudan de color.
Corren como bravos,
como guerreros escalan las murallas;
y no intercambian su ruta.
Nadie tropieza con su vecino,
van cada cual por su calzada;
a través de los dardos arremeten
sin romper la formación.
Sobre la ciudad se precipitan,
corren por la muralla,
hasta las casas suben,
a través de las ventanas
entran como ladrones".*

Jl 2:3-9 (La invasión de langosta).

Introducción

Los Artrópodos han convivido de las más diversas formas con el hombre desde siempre. O, para ser más exactos, en un mundo dominado por los Artrópodos surgió el hombre y, desde entonces, éste ha convivido con los Artrópodos en un planeta que no ha dejado de estar dominado por ellos. La especie humana, se ha asombrado, maravillado, reverenciado, estudiado y temido a esos invertebrados de exoesqueleto quitinoso y patas articuladas, procurando extraer beneficios de esa convivencia, al mismo tiempo que intenta evitar las enormes pérdidas que le producen. Ha establecido con ellos relaciones de simbiosis, de competencia y de depredación en múltiples formas, dependiendo de las distintas especies y momentos. De las simbiosis ha obtenido aliados en su lucha contra las plagas, eficientes descomponedores, medicinas y alimentos. Ha entrado en competencia

directa por recursos con numerosas especies, hasta el punto de que se puede afirmar que nos comemos aquello que los Artrópodos nos dejan. En cuanto a las relaciones de depredación, son abundantes los ejemplos que a todos nos vienen a la mente. Obviamente, estos vínculos han ido dejando marcas en las mitologías que el hombre ha ido tejiendo en torno a sí para explicar aquello que desconocía o le rodeaba. En este sentido, la mitología judeocristiana no ha sido una excepción. En este artículo se analizan las referencias a estas relaciones que se hacen en el libro (o, mejor dicho, conjunto de libros), situados en la base de las estructuras de creencias de las religiones judía y cristiana: el Antiguo Testamento, obra en la que podemos encontrar estas relaciones perfectamente definidas, siempre *determinadas* por voluntad divina.

La langosta

Los versículos que encabezan este artículo hacen referencia a la visión más corriente que hace el Antiguo Testamento de los Artrópodos: para los israelitas eran, ni más ni menos, plagas de origen divino, el ejército de Yahveh encargado de castigar a los pueblos que no seguían sus mandatos. Para comprender esta imagen negativa de los Artrópodos nos basta con mirar hacia el lugar donde se narran los hechos (Oriente Medio) y el modo de vida de sus habitantes (agricultores y ganaderos, en su mayor parte). Así, parece lógico que lo que más impresionara de los insectos a los semitas fueran esas nubes gigantescas de langostas capaces de provocar que *"tiemble la tierra, se estremezcan los cielos y se oscurezcan el sol y la luna"* (Jl 2:10) a consecuencia de lo terribles que resultaban, y resultan aún hoy, los densos enjambres que forman.

Como todos los pueblos primitivos, consideraban que todo lo que ocurría sobre la faz de la Tierra era obra de dios (o del demonio, o de otros dioses, según los mitos que se hubiese formado cada pueblo), y las plagas de langostas no podían ser una excepción. Además, estos castigos divinos concordaban bastante bien con la imagen de un dios duro, despiadado con todo aquel que no siguiera su camino y cruel con los que no tuvieran su fe, imagen sacada en parte del clima en el que vivían. Así las cosas, no debe extrañarnos la gran cantidad de citas (Ex 10:1-20, Sal 78(77): 46, Sal

105(104): 34, 2 Cro 6:28, 1 R 8:37, Sb 11:15, Sb 12:24, Sb 15:18, Sb 16:9, Is 33:4, Jl 1,2, Am 4:9, Am 7:1-3, Na 3:15-17^b) que aparecen en el Antiguo Testamento referidas a la peor plaga que podía afectarles, dada su condición de agricultores y ganaderos, la langosta migratoria. Tal vez la cita más famosa de este ortóptero sea su inclusión como una de las diez plagas (concretamente la octava: Ex 10:1-20, Sal 78(77): 46, Sal 105(104), Sb 16:9) que asolaron Egipto tras la negativa del Faraón a permitir la partida de los israelitas.

Pero no solo afectarán a los enemigos de los judíos las plagas de langosta (algo así sí que se hubiera podido considerarse *sobrenatural*) sino que también ellos pueden sufrir sus inmensos enjambres migradores, tal como les anuncian Joel y Amós, en los versículos anteriormente citados. Para evitar la visita de la langosta, por lo menos mientras los israelitas sigan a Yahveh, Salomón la incluye en su plegaria (2 Cro 6:28, 1 R 8:37).

De las langostas también se puede sacar algún beneficio, y así nos enteramos de que están considerados como animales *puros*, esto es, que se pueden comer sin provocar la ira divina, siendo esto una excepción entre los artrópodos. Concretamente, podemos leer en Lev 11:20-22: *Pero de todos los bichos alados que andan sobre cuatro patas, podréis comer aquellos que además de sus cuatro patas tienen zancas para saltar con ellas sobre el suelo. De ellos podréis comer: la langosta en sus diversas especies y toda clase de solam, de jargol y de jagab.* Esta invitación a la entomofagia se repite en Lev 20:25 y Dt 14:19, donde también se comentan las diferencias entre los animales *puros* y los *impuros*.

Además, la langosta es incluida entre los cuatro animales *sabios*, ya que consiguen salir todas en orden (en referencia a los enjambres migracionales) sin necesidad de tener rey (Pr 30:27). Sin embargo, ni el temor ante la multitud de langostas, ni la posibilidad de extraer de ellas alimento, ni su condición de *animal sabio* evitan que sean consideradas, cuando se presentan de forma individual, como bichos insignificantes y fáciles de aplastar, lo que se traduce en metáforas y símiles, también extensibles a otros insectos. Así, David se compara con una pulga (1 S 24:15) para dar a entender que es muy poca cosa (algo que resultó ser falso después) y del mismo modo hay que entender una comparación con una polilla en Jb 4:19 (*Se les aplasta como a una polilla*).

Moscas, mosquitos y tábanos

Como no podía ser de otro modo, en el Antiguo Testamento se tiene una consideración de los dípteros similar a la que tienen hoy en día el 99 % de los mortales, esto es, de bichos que se alimentan de cadáveres y cosas infectas cuando larvas, y que de adultos pueden ser sumamente molestos y llegar a considerarse como plagas. Así, no es de extrañar que les correspondan a ellos dos de las diez plagas egipcias: la tercera, *todo el polvo de la tierra se convirtió en mosquitos sobre todo el país de Egipto* (Ex 7:12-15, Sal 105(104): 31), y la cuarta, cuando *la tierra fue devastada por los tábanos* (Ex 7:16-28, Sal 78(77): 45, Sb 16:9 y, como nueva plaga, en Jr 46:20).

Naturalmente, el Antiguo Testamento también hace referencia a la importante función de descomponedores que realizan las larvas de díptero, aunque, dado que a nadie le gusta morir (exceptuando algunos casos patológicos), las referencias tienen sentido de sentencia, amenaza o augurio profético de catástrofes para los que osan contrariar a Yahveh (*De larvas y gusanos será su herencia, el temeroso perderá su vida* (Si 19:3), *Juntos se acuestan en el polvo, y los*

gusanos (sic) *los recubren* (Jb 21:26)). En contra de lo que pudiera parecer, cumplir con los designios de Yahveh no parece que sirva para mucho, ya que no solo acabas comido por las larvas cuando mueres, sino que también puedes tener *la piel cubierta de gusanos y costras terrosas* mientras vives (Jb 7:5) por causa de una tonta apuesta entre Yahveh y Satán.

Abejas, avispas y hormigas

En el caso de los himenópteros, especialmente con las abejas, es donde se manifiestan con mayor intensidad las relaciones simbióticas entre los insectos y el hombre. El provecho obtenido por éste es de todos conocido: la miel (obviamente, las abejas nos proporcionan muchos más beneficios, en forma de polen, cera, jalea real, polinización de nuestros campos, ..., pero aquí nos limitaremos a hacer referencia a aquellos aspectos comentados en el libro *escrito bajo inspiración divina*).

La miel era considerada por los hebreos (y por cualquier otro pueblo de cualquier época) como un alimento energético y fuente de riqueza (Ez 27:17), un bien de primera necesidad, vamos (Si 39:26). Así las cosas, la mejor manera que se le ocurre a Yahveh para convencer a su pueblo de que abandone Egipto y se adentre en el desierto (aparte de los castigos divinos a los que nos tiene tan acostumbrados) es prometerles que les llevará hasta *una tierra que mana leche y miel* (Ex 3:8, 17, Nm 13:27, Nm 14:8, Ez 20:6,15). De hecho, el rey de Asiria emplea casi las mismas palabras, cambiando la leche por el aceite, para intentar convencer a los israelitas para que se rindan ante él (2 R 18:32), aunque a él no le funcionó.

La miel, expresión de dulzura y buen gusto, es el regalo que le hacen sus hermanos a José para atraerse su voluntad (Gn 43:11). Usada en forma de similitud, nos encontramos con que *la miel es para el paladar como la sabiduría para el alma* (Pr 24:13-14), lo cual, dicho por Salomón, nos indica lo goloso que debía ser el rey sabio. Asimismo, a miel le sabe el rollo con las instrucciones divinas que Yahveh le hace tragar a Ezequiel para que lo asimile (Ez 3:3) (Ezequiel sin duda debió de agradecer profundamente el progreso en las comunicaciones entre Yahveh y sus elegidos, porque si en lugar de un rollo hubiera tenido que tragarse las tablas de la ley, en piedra, probablemente no le habría sabido a miel).

También, en un ambiente algo diferente, oímos decir al novio: *miel virgen destilan tus labios, novia mía, hay miel y leche debajo de tu lengua* (Cc 4:11). Llegados a este arranque de pasión, la dura realidad de la severidad religiosa hace acto de presencia, y la palabra de Yahveh nos recomienda no abusar de la miel, por lo que pueda pasar (Pr 25:16, 27). De hecho, *comer miel puede ser algo muy peligroso*, puesto que estuvo a punto costarle la vida a Jonatán, ya que la comió de un panal que encontró en el campo desobedeciendo, aunque sin saberlo, las ordenes que había dado su padre Saúl, rey de Israel (1 S 14:25-30).

Una anécdota curiosa con respecto a la miel y las abejas la protagoniza Sansón, juez bastante más conocido por su relación con Dalila y su *alopecia* prematura. Pues bien, en el Antiguo Testamento (Jc 14) podemos leer cómo Sansón, mientras paseaba tranquilamente por el campo, se encuentra con un león (probablemente un cachorro, ya que la Biblia lo designa como un leoncillo, y con lo que suele exagerar normalmente...) y decide matarlo para pasar el rato. Días después, pasa de nuevo por el mismo sitio y se encuentra con que unas *abejas de miel* han elegido la osamenta del felino para construir allí su colmena; ni corto ni perezoso (al fin y al cabo había matado al león, no se iba ahora a preocupar de

unas abejas de nada) retira la colmena y se lleva la miel para casa. Más adelante, le parece graciosa la anécdota y, en las fiestas de su boda, decide plantearles el siguiente acertijo a los filisteos:

*“del que come salió comida,
y del fuerte salió dulzura”*

A los filisteos no les pareció tan gracioso, e intentaron por todos los medios adivinar su significado para ganar la apuesta, y al final lo consiguieron convenciendo a la mujer para que se lo dijera, pero eso es otra historia para ser contada en otra ocasión.

Lo más curioso de todo es que las abejas no tienen por costumbre hacer sus colmenas en cadáveres, y la confusión puede venir (como explica Luis Freire en “Las abejas de Sansón (*Apis mellifica* Sansón, nom L.)” *Bol. SEA*, 12: 31-32) porque ciertos Dípteros, los sírfidos, sí que tienen por costumbre frecuentar cadáveres, siendo además muy parecidos en cuanto a morfología y coloración con las abejas (hecho éste que se conoce como coloración batesiana). Concretamente, Freire identifica los insectos en cuestión como *Eristalis tenax* (L.), y expone más casos en los que se ha dado esta confusión y el por qué de ella.

También pueden las abejas, con sus aguijones, castigar a quien se aparta del sendero divino, y así nos encontramos con el anuncio de una invasión de estos himenópteros contra el pueblo de Israel en Is 7:18-19; tras los castigos divinos quien quedara en el país con vida no tendría más remedio que alimentarse de cuajada y miel, ya que todo estaría devastado y no se podría cultivar nada.

En cuanto a las avispas, son una parte importante de los ejércitos de Yahveh, que no duda en enviarlas por delante de los israelitas (o tras ellos) para acabar con sus enemigos (Ex 23:28, Dt 7:20, Sb 12:8).

Las hormigas son puestas también como uno de los cuatro animales *sabios* (Pr 30:24-28), colocadas de ejemplo ante los perezosos, un animal del que se puede aprender, vaya (Pr 6:6-11). Sin embargo, cuando Job nos comenta (Jb 12:7-8) que se puede aprender de los animales, y de qué animales se puede aprender, nombra a bestias, aves, reptiles y peces, pero se olvida totalmente de los artrópodos; en todo caso, debemos atenernos a lo que nos cuenta Salomón, que parece estar más cualificado para saber de quien se puede aprender y de quien no, ya que del hijo de David se dice que era el hombre más sabio y que además podía hablar con los animales.

Más plagas (escorpiones, pulgones,...)

Entre las demás plagas que podían acaecer a quien se opusiera al designio divino, destacan sin duda alguna los escorpiones. Así, se afirma que estos arácnidos *fueron creados para la perdición del impío* (Si 39:30), y marcaron una de las primeras fronteras de la tierra dada a los hebreos: *la Subida de los Escorpiones* (Nm 34:4). Reforzando esta idea de plaga que representaban los escorpiones para los hebreos (como para la mayoría de la gente que vive con contactos esporádicos con ellos), Roboam, a la muerte de su padre Salomón, deja bien claro sus intenciones (*si mi padre os azotó con azotes, yo os azotaré con escorpiones*: IR 12:11). A Ezequiel también se le advierte que está entre gente que no le quiere, usando la expresión *sentado entre escorpiones* (Ez 2:6).

El pulgón es también considerado como plaga que afecta a los cultivos, al igual que la langosta, y de hecho se la cita normalmente junto a ella (Sal 105(104): 34, 1 R 8:37, 2 Cro 6:28, Na 3:15-17^b). Asimismo, la polilla (Jb 13:28, Is 50:9, Is 51:8) y la carcoma (Jb 13:28) son plagas empleadas a menudo en metáforas, ya que su forma de corroer poco a poco los materiales les hace idóneas para tal fin.

Conclusiones

A la hora de intentar encontrar unas conclusiones respecto a lo que se cuenta sobre los artrópodos y cómo se cuenta, en el Antiguo Testamento, no debemos olvidar qué es lo que se está analizando: la visión que tenía de la vida una tribu de pastores del Oriente Medio, tribu que no se caracterizó precisamente por un afán investigador de los sucesos que ocurrían en la Naturaleza, sino que solía atribuirlo todo a la voluntad divina, y los artrópodos no iban a ser una excepción a eso. En el Antiguo Testamento aparece reflejada una visión de los artrópodos sumamente parecida a la que, lamentablemente, tiene hoy en día gran parte de la población: bichos insignificantes cuando se nos presentan en solitario, plagas detestables cuando aparecen en gran número o animales interesantes si podemos sacar algún beneficio de ellos. ¿Casualidades? ¿Demostraciones de que el Antiguo Testamento no se equivoca? ¿Efecto de vivir inmersos en una cultura que dice usar en algún momento ese libro?. Probablemente, se trate tan solo de que usamos su misma mirada a la hora de acercarnos a los artrópodos, aunque ya no los consideramos (en la mayoría de los casos) un castigo divino.

